

y espantaban la escasa conciencia que le quedaba. Enriqueta no corría riesgo alguno, su virtud se hallaba al abrigo de cualquier peligro. Podía pues, impunemente, dar á Federico Deschamps la plaza que para él le pedía; pero rendirse á las solicitudes de Ester, aceptar el trato que ella le proponía.....

¡Oh, eso nunca!

Resuelto, pues, esta vez, completamente decidido á no sucumbir á una tentación infame y criminal, abandonó la sala, para subir á su habitación.

Halló una carta en ella.

Una carta que había sido colocada durante aquella misma noche encima de la chimenea.

La abrió, y leyó lo siguiente:

«Enrique:

«En la conversacion que hoy hemos tenido, no me he atrevido á decirte ciertas cosas, que despues de una concienzuda reflexion, creo deber trasmitirte por escrito.»

«Segun mi contrato de matrimonio, la mitad de la fábrica «que tú dirijes, me pertenece.»

«Dado, pues, esto, ¿no encuentras verdaderamente dura la «persistencia que empleas en rehusarme la gracia que tantas «veces te he pedido, y es que des una plaza en esa fábrica á un «hombre que puede prestarnos grandes servicios, á mi amigo de la infancia, á Federico Deschamps.....»

—Ah! exclamó Vandelle, interrumpiendo su lectura: ¡ella lo quiere! ¡Ella es quien lo quiere! ¡Ella es la que me declara la guerra!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

PARTE TERCERA.

I

Estamos en invierno. La llanura que rodea á Montréjeau, y las colinas mas próximas se hallan cubiertas de una espesa nieve, inmediatamente endurecida, al soplo tenaz del viento N. E.

Las montañas del horizonte, en otra época reverdecidas, y cuyas cimas solamente, con sus eternas nieves, recuerdan el invierno, se han blanqueado en una sola noche; los troncos de algunos pinos gigantescos, ó rocas demasiado perpendiculares para que la nieve pueda fijarse en ellas, son las únicas que derriban sombras sobre aquel fondo uniforme. Los ventisqueros, que solo se dán á conocer en el verano por sus reflejos y su color un tanto gris, confúndense ya con las praderas, con los matorrales, con los enormes témpanos de nieve, y toman tambien el tinte blanco de la montaña.

Reina el mas profundo silencio al rededor de la casa de Vandelle. No se oye otra cosa mas que el monótono ruido del NESTE, rodando impetuosamente por entre las rocas, antes de precipitarse en el Garona, que hinchado por sus afluyentes, pierde su tranquilidad, y renuncia á ser rio para convertirse en torrente.

A determinadas horas, la fábrica deja oír sordos mugidos,

afirmando su vitalidad; de pronto lanza una nota ruidosa que turba el gran silencio de la naturaleza, y este ruido, transmitido por la nieve, se prolonga hasta el infinito.

La estación del ferro-carril, privada de una gran parte de sus trenes, parece dormida; descansa del movimiento del verano, de la febril agitación que durante la temporada de baños, reina sobre sus rails. Por momentos, y con largos intervalos, silba el vapor, dejáse oír un sordo ruido y un tren se detiene en Montréjeau. Pero apenas si algunos viajeros, tiritando, entran en el bufet para calentarse; ningún parisien se presenta; sobre todo, ninguna parisiense, y Mr. Fourcade, privado de sus habituales placeres, ya no observa tanta puntualidad en acudir á la estación. Refugiado en el fondo del café de Montréjeau y fiel á sus hábitos de gran político, juega al billar y adquiere votos para el gobierno en las próximas elecciones.

La casa tiene el aspecto mas sombrío: los paseos del parque se hallan cubiertos de nieve y el gran salón está frío y silencioso.

Enrique Vandelle triste, taciturno como el tiempo, se retira á su habitación en las horas en que no sale á cazar. Ester Sandraz se encierra también en su cuarto, y no hace compañía á Enriqueta, sino cuando esta la envía á buscar.

Pero esto sucede con rareza: días enteros se pasan sin que la esposa de Vandelle, ruegue á su acompañante que la lea algún libro entretenido. No sube, sin embargo, á su cuarto, después de almorzar, como Clara, sino que permanece en el saloncito donde pasa largas horas, estendida en un sillón, pensativa, melancólica.

Su salud parece resentirse de aquella postración del cuerpo y actividad del alma: la tez ha perdido su brillo, la sangre circula con menos rapidez, y aun con mucha menos bajo la piel de su rostro; un círculo amoratado rodea sus ojos; sus labios están descoloridos, y se repliegan en lugar de sonreír.

Hasta su cuerpo ha enflaquecido; sus redondos contornos se disminuyen, tienden á desaparecer. Siempre, por eso, sigue siendo adorable, mas adorable todavía en aquella especie de languidez, que lo estaba cuando resplandecía de salud y hermosura; pero fácil es prever que si tal estado se prolonga, su belleza podría sufrir penosos cambios.

II.

Un día, á fines de noviembre, á eso de las cuatro de la tarde, vióse turbada en su soledad y en sus meditaciones. Sin que ella hubiese oído ruido de pasos en los corredores de la casa, la puerta del saloncito donde se encontraba, se abrió de repente, y apareció Federico Deschamps.

—Dispénsame, dijo al verla; no te creía aquí.

—¿Qué deseas? repuso ella vivamente.

—Hablar á Vandelle.

—No está aquí.

—¿Volverá pronto?

—Lo ignoro.

—¿Lo ignoras?

—Sí.

—Me estraña.

—¿Por qué? No tiene ni ha tenido nunca costumbre de darme cuenta de sus acciones. Deberías saberlo.

Admirado de aquel tono, de la sequedad de sus respuestas, acercóse á ella tímidamente, y le dijo con tristísima y dulce voz:

—¿Qué tienes? ¿Sufres?

—No! exclamó ella con impaciencia.

—¿Estás, entonces, irritada contra mí?

—¿Contra tí? ¡Nó!

—Pues algo te pasa. No me hablas como de costumbre tie-

nes. Paréceme á veces que mi presencia te pesa. Desde el dia en que Vandelle, vencido al fin por tus instancias, me retuvo en el momento en que me disponia á partir, os he faltado en algo. ¿No está él contento de mi trabajo, de mis servicios?

—Vandelle, respondió Enriqueta con mas dulzura, no me habla nunca de tí; nada tengo yo que reprocharte.... No me encuentro bien. Este tiempo frio... y sombrío indudablemente... No te ocupes de mí, no pienses mas que en tu trabajo, en tu porvenir... ¿Estás contento de tu posicion en la fábrica? ¿Eres considerado, obedecido y amado en ella? ¿Se trabaja mucho estos dias?

—Si, pero falta una cosa.

—¿Cuál es?

—El ojo del amo: Vandelle se halla raramente entre nosotros.

—Pues bien reemplázale tú.

—No tengo la autoridad necesaria; soy demasiado nuevo en la fábrica.

—Nada puedo hacer yo en eso.

—Verdad es; por lo tanto, nada te hubiera dicho, si no me hubieres preguntado.

Guardaron silencio durante algunos momentos. Él, con los ojos fijos en ella, absorto, feliz, solo por contemplarla, pero entristecido al verla de aquel modo.

Ella, pensativa, con la mirada perdida en el vacío.

Bruscamente, sin embargo, cómo si saliera de un sueño, levantó su cabeza, y Federico oyó que murmuraba estas palabras:

—¿Qué soledad! ¡Qué invierno tan siniestro! ¿Rodéame la tristeza, ó es que la llevo dentro de mí? ¡Hay momentos en que deseo morirme!

Hizo él un movimiento para acercarse á ella, para apoderarse de una de sus manos, pero ella retrocedió y con segura voz, le dijo:

—Déjame ya: tu sitio no es este. Vé, amigo mio, vé á tu trabajo.

—¿Por qué obligarme en este momento á que me aleje de tí? Acabas involuntariamente de confesarme que sufres.

—Oh, sí! exclamó al fin Enriqueta.

Ya no tenia valor para seguir callando su dolor: faltábanle la resignacion y las fuerzas.

—Y es él quien te hace sufrir, ¿no es verdad? dijo Federico encolerizado. Ya lo sabia! Ya lo habia visto! Ya lo adiviné todo desde el primer dia.

Enriqueta no respondió, y ocultó la cabeza entre sus manos: tenia ya vergüenza de haber dejado escapar su secreto.

Federico repuso, con el fin de obligarla á que hablase:

—Te habrá tal vez insultado...

—Él! Ni siquiera me habla, ni siquiera se digna apercibirse de que existo!

Y algunos segundos despues, añadió:

—¿Y qué motivos puede tener para tal indiferencia? ¿No he sido, no soy para él la mas sumisa, la mas resignada de las mujeres? Y sin embargo, nunca, nunca, ni una palabra de ternura, ni una mirada de afecto... Y esto hace dos años ¡dos años! que ya dura! ¡Ah! es demasiado!

—¡Pobre alma mia! exclamó Federico cogiéndole una mano.

—Todo se rompe, todo se agota, todo llega á ser inútil con este sufrimiento, continuó ella con lágrimas en la voz. Y sin embargo, si él hubiese querido... Ah! Dios me es testigo de que yo no pedia sino amarle! Habíalo ordenado á mi corazon y mi corazon habia obedecido. Habíame formado un placer en el cumplimiento de mis deberes... Y este es el amor que él me devuelve, esta es la recompensa que me da.

Habíase exaltado hablando. La calma que comunmente se imponia, la abandonó en aquel momento, y sus nervios comprimidos vivamente, se estiraron con violencia.

—¿Qué le he hecho? ¿Qué le he hecho? exclamó sollozando.

—Enriqueta, no llores así, me estás desgarrando el corazón, exclamó Federico, cayendo de rodillas ante ella.

Entonces Enriqueta, impulsada por un movimiento instintivo, por una de esas necesidades irresistibles de afecto y desahogo que han sentido todas las mujeres, extendió sus manos, las colocó sobre la frente de Federico, y bajándose rápidamente, le dió un beso febril en la frente.

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta! exclamó él loco de contento, frenético, é intentando rodearla con sus brazos.

Ella habíase ya levantado, y rechazándole, exclamó:

—¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué es lo que he hecho! ¡Olvídalo! ¡Olvídalo!

Pero él, sin oírla, y no acordándose mas que de lo que acababa de suceder, con la frente ardiente todavía por la huella del beso, repetía:

—¿Me amas? ¿Me amas?

—No, no! déjame! déjame! ¡Por piedad, márchate. Vete! Te mando que te vayas! Y si no lo haces no volverás á verme en tu vida! ¡Vete ya!

Federico se conmovió ante estas palabras: tuvo lástima de aquella desesperación, y obedeció sin perderla de vista, hasta que la puerta se cerró tras de sus pasos.

III.

Al salir de la casa, se dirigió á la fábrica, y apercibió á mitad de camino al alcalde de G*** y al juez de Saint-Gaudens que llevaban dirección contraria á la suya.

En aquel momento, cualquier conversacion hubiérale sido penosa; dió, pues, un rodeo para no verse obligado á hablar con Raynal y Fourcade. Pero estos le habian visto.

El juez dijo al alcalde:

—¡Calle! Por fin sé decidió Vandelle á admitir á ese ingeniero en su fábrica?

—Segun me ha dicho, no ha podido rehusarlo. Parece que la misma Enriqueta, su mujer, intercedió por su amigo de la infancia.

—¿De veras? ¿Ella intercedió, y ese jóven guapo y distinguido vive con ellos?

—Sin duda alguna ¿cómo habian de haberle enviado á una posada?

—Ah ¿con que vive en su misma casa?

—En la casa precisamente, nó; habita el pabellon que hay al extremo del parque, cerca de la verja de entrada.

—Que viene á ser lo mismo, dijo el juez.

Y prosiguiendo su paseo, añadió:

—¿Ha notado V., señor alcalde, el aire sombrío y la singular actitud de ese Mr. Deschamps? Al vernos, ha hecho un brusco movimiento, como si temiera hallarse en presencia de la justicia... Diríase que le causo miedo. Si no le conociera, tentado me hubiera visto á tomarle por un malhechor, meditando un crimen.

—Permítame V. que le diga, señor juez, que ve V. crímenes por todas partes.

—Es que en efecto los hay en casi todas. Los crímenes que se descubren y que por lo tanto, se persiguen, no son ni la centésima parte de los que se cometen. ¡Qué digo la centésima parte! Ni.....

—Pues contando de ese modo, habria pocos inocentes sobre la tierra!

—No hay ninguno.

—Está V. aterrador!

—Estoy en lo cierto!

Cuando llegaron al castillo, encargaron á un criado que acu-

dió á recibirles, que anunciaran á M. Vandelle su visita, y entraron en el gran salon.

Raynal lanzaba en torno suyo miradas inquisitoriales, y estudiaba todos los rincones de la sala donde se hallaban.

Terminado este exámen, dijo á su compañero:

—¿Puede V. estar tranquilo en esta sala, señor alcalde?

—Si señor. Y V. no?

—Qué se yo! esta gran sala, sombría.....

—Todo es sombrío en noviembre, cuando el tiempo está nublado...

—Este frio húmedo que penetra hasta los huesos.....

—¡Cómo ha habido niebla todo el dia!

—El invierno es favorable al crimen, señor alcalde; no lo olvide V. nunca. ¿No se siente V. mas feroz que de costumbre, en tiempo brumoso y helado?

—No. Lo que siento entonces, son ganas de calentarme á un buen fuego, ó en los brazos de.....

En el momento en que el alcalde iba á decir tal vez, alguna inconveniencia, fue venturosamente interrumpido por el amo de la casa, que acababa de entrar.

—¡Cómo! señor juez, tú viajando con este tiempo? dijo Vandelle estrechando la mano de Raynal.

—La justicia, amigo Vandelle, viaja en todo tiempo. No escoge ni sus horas, ni sus dias; se halla siempre sujeta al capricho de los malhechores!

—¿Has sido llamado á estos sitios para cumplir con tus funciones? ¿Qué ocurre, pues?

—Oh! un asesinato de poca importancia, por desgracia.

—¡Un asesinato! ¿Qué estás diciendo!

—Tranquílicese V., se presuró á añadir M. Fourcanade: trátase simplemente de ese pobre diablo que se ha ahorcado.

—Ah, ya!

Raynal levantó la voz en este momento, para decir:

—Veremos, señor alcalde, si es que efectivamente se ha ahorcado él mismo, ó...

—Ah! comprendo, añadió Vandelle, lo dudas, y deseas hacer indagaciones?

—Precisamente, amigo mio; yo hago siempre indagaciones: quien sabe lo que puede resultar... Y como ese hombre ha trabajado en tu fábrica, venia á pedirte si tienes alguna noticia que darnos; aprovechando esta ocasion para tener el gusto de verte.

—En efecto, tuve empleado á ese pobre diablo en mi fábrica, como peon, respondió Vandelle, pero se despidió hace ya tiempo, é ignoro lo que ha sido de él. La gente del pueblo te puede dar mas noticias que yo.

—La haré comparecer ante mí. Mi escribano se halla ya instalado en la alcaldía: vamos á comenzar el sumario: la noche es excelente para los interrogatorios; la hora propicia para el crimen, es la misma que la que inspira los remordimientos ¿No quieres asistir á esos interrogatorios?

—No; me alegraré de que te salgan bien.

—No me despido de tí. Tendré el placer de venir á estrechar tu mano, antes de volver á Saint-Gaudens.

—Despues de haber desenredado la cuerda del ahorcado, eh? dijo Vandelle sonriendo.

Dirigióse hácia la chimenea, tomó de un rincon su escopeta de caza, y uniéndose al juez y al alcalde, les dijo:

—Os acompañaré un rato por el camino.

—¡Qué! ¿Vas á cazar? exclamó Raynal; pero, hombre, la noche se echa encima, y no se ve apenas.

—Pues por eso mismo, justamente: he notado esta mañana en la nieve las huellas de una zorra que visita todos los dias mi corral y voy á ponerme al acecho. Con este tiempo perverso, no puedo aventurarme muy lejos, y para no morir de fastidio, me ocupo casi dentro de casa, como veis.

IV.

Mientras que Vandelle se alejaba en compañía de Raynal y el alcalde, Enriqueta, sola en el saloncito, sufría cruelmente. Si alguna persona, demasiado indulgente, se admirase de que una tímida confesion, seguida de un beso mas tímido todavía, pueda causar remordimientos, por cierto que corre riesgo de engañarse. Una mujer jóven, dotada de un alma delicada y susceptible, castamente educada, y de una escrupulosa honradez, da gran importancia á los errores pequeños, á las faltas mas ligeras. Mientras que ciertas grandes pecadoras de la sociedad, no creen haber sucumbido hasta despues de haber devorado la manzana entera, otras mujeres mas tímidas y timoratas, se consideran como perdidas desde el dia en que han rozado la piel con sus discretos labios: el mas pequeño mordisco es para ellas un crimen que les hace derramar abundantes lágrimas.

Enriqueta Vandelle se hallaba en este último caso: reprochábase amargamente haber perdido su calma, haber abandonado durante un segundo la calma que se habia impuesto. Hacía mucho tiempo que sus ilusiones habian muerto: ay! ya no amaba á su marido! ¡amaba á Federico! Pero habia jurado no venderse nunca, ni por una palabra, ni por una accion irreflexiva. Como todas las mujeres honradas, creíase enteramente segura de sí misma, sin querer confesarse que las mas fuertes, en ciertos momentos, son susceptibles de caer en un instante de debilidad y desfallecimiento.

Una mujer, experta en materia semejante, por sus lecturas, sus reflexiones, los consejos inteligentes que ha recibido y el ejemplo de sus amigas, huye bravamente, cuando se siente amenazada. Su virtud consiste, no en desafiar el peligro y en introducirlo en su casa, permaneciendo sin cesar expuesta á

él, sino en alejarlo, en ponerse en guardia contra las sorpresas de los sentidos y del corazon, y en no tener constantemente el pecado á la vista. Por el contrario, la que no sabe, la que no ha sido instruida, ni por esperiencia propia, ni por agena, confia en sus propias fuerzas, en su heróico valor, y sucumbe generalmente por exceso de inocencia y de virtud.

Enriqueta se hallaba muy distante de haber sucumbido: tal vez deberia ser colocada entre las que no sucumben nunca, y el número de estas, es muy grande, por mas que se diga. Pero, hacia ya una hora que la habia abandonado aquella soberbia confianza que hasta entonces era su sosten: su primer paso en una senda peligrosa, la espantaba extraordinariamente, y le hacia temer el segundo: acababa de adquirir, de un golpe, á sus espensas, la esperiencia que le faltaba. Sonriente, sin temor, solamente un poco oprimida, habia ascendido á una alta montaña, sin volverse, sin mirar trás de sí. Despues, habia dado un paso en falso, muy en falso, y habíasele aparecido el abismo, causándole ya el temor del vértigo.

Pero ¿cómo huir el peligro? ¿Qué hacer? ¡Partir! ¿Podía acaso? Las mujeres, que tanto necesitan, á veces, para huir de ciertas influencias, el movimiento, la actividad, las distracciones, los viajes se hallan condenadas, la mayor parte del tiempo á la inaccion, á la reclusion. Es preciso que combatan el peligro á pié firme, sin cambiar de atmósfera: no pueden dar giro distinto á sus pensamientos. Si el peligro acude,—y con frecuencia es el mismo marido el que involuntariamente lo lleva á la casa en forma de un amigo seductor,—es necesario que se vean dominadas por él: no pueden darle con la puerta en los hocicos. Nosotros, los hombres, por el contrario, tomamos nuestro sombrero, y decimos:—«Tengo miedo decididamente: no vuelvo mas.» Y en cualquier caso apurado, nos precipitamos sobre nuestra maleta de viaje, huimos á escape, y no tardamos en hallarnos en seguridad. Una mujer casada no puede

usar de este medio; esta fuga preservadora, le seria juzgada como una falta, y nadie creeria que una vez en el tren, habria elegido *el reservado de señoras*. Pero si Enriqueta no podia huir de Federico Deschamps, tenia, sin embargo, suficiente imperio sobre él, para exigir que se alejase del castillo, que no la volviese á ver mas. Esto era horroroso, y á este pensamiento solo, deshaciase ya en llanto. Lloraba por sí misma, cuyo abandono iba á ser completo; lloraba tambien por él, á quien iba á desolar y desesperar.

Y sin embargo, no vacilaba: hallábase resuelta á no hacer transaccion alguna con su conciencia, porque ya veia el peligro; el abismo se le aparecia ya profundo y terrible; sentíase atacada del vértigo, y no se atrevia ni á subir un poco mas, ni á quedarse en el mismo sitio; queria bajar precipitadamente á la llanura.

Allí tendria horizonte mas limitado; las nubes que antes dominara la rodearian por todas partes: el bellissimo cielo azul, un momento entrevisto sobre las altas cimas, desaparecería; volveria á vivir en la niebla, triste, sombría, desesperada. Pero, ¿qué importaba? Habria cumplido con su deber, habria expiado su falta, no se veria ya espuesta á cometer otras.

V.

Pero, ¿cómo hacer saber á Federico que ella habia dispuesto de su vida, de su suerte? ¿Cómo hacer para verle libremente, hablarle y convencerle? Y si en vez de participar de sus mismos temores, de obedecerla, de abandonar el país, intentaba persuadirla de que podia perfectamente quedarse? ¿y si se dejaba conmover por sus razonamientos, y su elocuencia? ¿Y si vencida por su desesperacion, y ella misma desesperada, debilitada, enervada por la lucha, cometia alguna nueva impruden-

cia? Ah! Ahora todo podia temerlo; cuando no dudaba ni de sí propia ni de él ¿no se habian ambos dejado arrastrar por un movimiento irreflexivo?

¿Qué hacer? ¿Escribirle? Responderia, discutiria sus razones, le contestaria con otras, y se veria obligada á combatir. Y además, la misma accion de escribirle, ¿no era ya una nueva falta?

Era por lo tanto precisa una confidenta una persona segura, una amiga que se encargase de hablar en su nombre á Federico, de convencerle, de decidirle á partir... De este modo, ya no volveria á verle, ya no se dejaria conmover por sus súplicas, ya no se veria obligada á decirle: «¡Quédate!» ni se olvidaria de sí misma al despedirse de él.

Pero faltábale esta confidente, esta amiga: hallábase sola, completamente sola, en aquel país casi desierto, en medio de aquella naturaleza desolada, en aquella sombría noche.

Mientras esto pensaba, Ester entró en la sala.

La miró. La jóven parecia tan triste, tan abatida, tan lánguida como ella misma. Ya no estaba, como el dia de su llegada á aquella casa, sonriente, fresca, alegre: habia palidecido en extremo, y los ardores de su mirada parecian haberse estinguído.

Enriqueta se reprochó el no haberse apercebido de aquellas trasformaciones, de vivir aislada en su tristeza sin cuidarse de la de los demás, de no haber tomado en cuenta mas que sus penas, sin pensar que aquella mujer podia tambien tener las suyas. Sin familia, sin fortuna, Clara Meunier, habia aceptado la idea de ir á enterrarse á un extremo de la Francia, lejos de toda distraccion y en un país casi salvaje en verano y enteramente abandonado en invierno. Por lo mismo, debia haber encontrado en aquella con quien compartia la tristeza del destierro, un poco de benevolencia ó de amabilidad, sino de afecto. Pero lejos de ser así, Enriqueta habíase desprendido poco á poco de ella, no habia recurrido á sus servicios casi nunca, y para de-

dicarse por completo á sus meditaciones, le habia impuesto una especie de cuarentena.

Y la infeliz nada decia, sufría en silencio; necesitaba, sin duda alguna, de aquel empleo de *acompañante* para vivir y no se atrevia á quejarse.

Verdaderamente, Enriqueta habia sido demasiado egoísta, demasiado cruel; y así se lo reprochó á sí propia y se avergonzó de su conducta.

Así fue, que mientras Clara Meunier tomaba un libro y se sentaba á un lado para no turbarla, para respetar sus meditaciones, llegó Enriqueta á pensar que aquella mujer merecía tal vez su afecto, su confianza. Por lo demás, ¿no habia aparecido precisamente, en el momento en que ella buscaba una confidente, una amiga? ¿No daba esto lugar á creer que el cielo á quien también ella se quejaba de su aislamiento, acababa de abrirse para dar paso á la que debia consolarla y tal vez salvarla?

Sin embargo, en aquel momento no pensaba aun en comunicarle su secreto, en encargarle una misión para Federico. Si, mas tarde, se decidió al fin, fue porque una necesidad irresistible de expansión, la arrastró mas lejos de lo que deseaba. Primeramente, no pensaba mas que en mostrarse afectuosa y buena con ella; con ella, de quien siempre se habia alejado con indiferencia. Pretendia ya encariñarse con ella, hacer de ella para el porvenir una compañera asidua, y demostrarle alguna confianza, para que á su vez Clara Meunier, que sufría á su lado, pudiese en un momento de expansión, abrirle su corazón, llorar á su lado, y de este modo, sufrir menos tal vez.

VI.

Pero cuando el que ha vivido largo tiempo reconcentrado entregado por entero á sus pensamientos sin confiarlo, á nadie,

enervado, entra por azar en el terreno de las confianzas, ya no se detiene, se embriaga con sus propias palabras, se enerva mas y mas, se estremece y concluye por hablar mas de lo que realmente deseaba. Esto es lo que debia suceder á Enriqueta.

Después de la comida que fue de las mas cortas, y á la que no asistió el amo de la casa, la mujer de Enrique, hallándose sola con Ester, fué á sentarse á su lado, y la dijo afectuosamente:

—Desde hace algun tiempo, mi querida Clara, me deja usted muy sola. Solamente acude V. á mi lado cuando la llamo. Y sin embargo, tengo necesidad de alguien que me hable, que me ame.... ¿La he ofendido á V. en algo, me conserva V. algun rencor?

—¿Rencor? ¡Por qué dice V. eso! exclamó Ester con voz algo dura.

—Vamos, ya lo veo que es verdad. Tal vez he estado siempre demasiado fria con V. Pero esto no es orgullo en mí. Yo no tomo cariño con facilidad; pero no por eso soy altiva ni imperiosa. Si á veces mi carácter resulta desigual, y soy impaciente y brusca, es porque sufro; la pena hace ser injusto.

—Pero, señora, dijo Ester, por qué me dice V. eso? Si yo no me quejo!

—No se queja V... ¡no! Pero está V. triste, sombría, se aleja usted de mí; y nunca, nunca, se lo repito á V., he tenido tanta necesidad como ahora de un afecto, de un consejo, de un apoyo. No tengo madre, ni hermana, ni una amiga siquiera. Me hallo sola, sola para luchar contra el dolor, contra mis pensamientos, contra mis accesos de cólera, contra las locuras de la desesperación!

Poco á poco, según lo hacíamos presentir, salíase de los límites que habia impuesto á sus confianzas; exaltábase hablando, dejó leer mas de lo que quisiera en su alma, por tan largo tiempo cerrada, y que al fin entreabierta, se manifestaba libre y desordenadamente.